



FORMACIÓN SOCIAL Y PROYECTO DE SOCIEDAD

(una visión cristiana)
Jesús Renau

A. Formación social y proyecto de sociedad
Cuestionarios de trabajo

B. La parábola del Exilio
Cuestionarios de trabajo

A. Formación social y proyecto de sociedad

En la educación tenemos necesidad de modelos. No es ésta una cuestión trivial. Se trata, por el contrario, de un punto fundamental. Si hay modelos de identificación se puede educar, porque ellos nos ayudan a desvelar valores, potencialidades y virtudes. Son como un proyecto que dinamiza a las personas, las pone en marcha.

Y si esto es válido a nivel personal, también lo es a nivel colectivo. Hay modelos de familia, de grupo, de colegio, etc. que por sí mismos son constructivos. Y al contrario, hay modelos que por su propia inercia son dehumanizantes, dificultan una verdadera educación.

Desde esta perspectiva nos tendríamos que preguntar por el modelo de sociedad que estamos viviendo y, sobre todo, por el proyecto de sociedad que estamos construyendo, y que van a vivir en el futuro nuestros alumnos.

No es una pregunta teórica, en el sentido de una divagación sobre los posibles y los futuribles. No es pérdida de tiempo, este tiempo que tanto necesitamos para nuestra tarea de todos los días. Es una pregunta hecha, sin duda, a nuestra mente, pero de graves consecuencias prácticas; porque vamos educando cada día, estamos metidos de lleno en la formación de personas, y tanto si lo pensamos como si no lo pensamos, transmitimos unos modelos y unos valores que influyen positivamente o negativamente en los niños y adolescentes. Por tanto, es importante una toma de conciencia sobre el modelo de sociedad que estamos proyectando, de hecho, para ver si responde a los criterios y al sistema de valores de nuestra educación, y también para buscar las correcciones oportunas.

1. UNA PREGUNTA SUMAMENTE DIFÍCIL

Preguntarse hoy sobre el modelo de sociedad futura, que van a vivir nuestros alumnos, es una cuestión de mucha complejidad. ¿Quién es capaz de aventurarse a prever este futuro? ¿No es acaso una pregunta ingenua? ¿No nos estamos metiendo en un callejón sin salida?

No creo que hoy haya mucha gente que tenga algunas ideas muy claras sobre este futuro, y más desde la caída de los estados comunistas del Este, desde la certeza del aumento de la pobreza en continentes como África o América Latina, que están mucho peor que hace quince años, desde la certeza de las grandes inmigraciones que ya avanzan sobre Europa y EE.UU... y desde unos cambios tan vertiginosos que nos llevan a la sorpresa continuada.

Por tanto, esta pregunta sobre el modelo futuro de sociedad no parece una pregunta bien hecha para nosotros educadores. Deberíamos modificarla, adaptarla a unas coordenadas más cercanas a nuestra realidad con el fin de encontrar caminos concretos, operativos, que nos dinamicen y nos hagan posible trabajar para un futuro mejor.

Pero creo, que podemos reconvertir la pregunta en otras tres preguntas más concretas.

1. ¿Qué elementos de la sociedad actual, de su sistema de valores, vemos con toda claridad que hay que denunciar?

2. ¿Qué realidades actuales, que ya se dan, vemos, con toda claridad que hay que potenciar?

3. ¿Cuáles son nuestras perplejidades, nuestras dudas, aquello que habrá que discernir?

La respuesta a estas tres cuestiones nos dará una línea, un proyecto de fondo realista y concreto, de una educación que se abre al futuro, que no claudica ante los problemas, que intenta crear unos hombres y mujeres capaces de tomar su historia personal en sus manos y no dejarse arrastrar por la inercia de lo fácil, lo cómodo y lo que responde a intereses de los que controlan el poder real de nuestro mundo.

Pero, antes de entrar en la respuesta a estas tres cuestiones, habría que recordar una base previa. ¿Cuál es el fundamento que nos garantiza esta crítica de lo actual en función del futuro?

2. BASE TEOLÓGICA: EL DIOS DE JESÚS

Para los creyentes, nuestro sistema de valores tiene una base teológica, que es el Dios de Jesús. El Dios de los griegos, de la cultura romana, de Aristóteles y Platón, de Séneca, que se define como el Ser Trascendente, Primer Motor, Causa universal eficiente y final de la realidad, infinitamente todo, amor, poder, sabiduría, justicia,... etc. este Dios así, no nos sirve, por la sencilla razón de que se nos queda corto, paradójicamente insuficiente pese a tantas afirmaciones de inmensidad y de grandeza. No es que neguemos que sea cierto lo que estos filósofos afirmaron sobre Dios. Es verdad, pero es una verdad elevada, inconcreta, sin nombre, una verdad inefable quizás, misteriosa y distante.

Jesús a partir de la tradición de Israel nos presenta una imagen de Dios mucho más entrañable y cercana: Abba Padre.

Dios en Israel se había ido revelando como Dios de personas, el Dios de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés... Dios en Israel se había ido revelando como el de un Pueblo, el Pueblo de Dios, constituido como tal en el desierto, una vez liberado de la esclavitud tiránica de Egipto. Dios en Israel se había ido revelando como el Dios de todos los pueblos de la tierra, de la paz, de la concordia y la justicia entre toda la humanidad, con especial atención a los pobres y marginados, como repetidamente indicaron los profetas.

Desde esta tradición de su pueblo Jesús nos revela a Dios Padre, Dios Amor, Dios interesado en todos y cada uno de sus hijos e hijas, Dios de la comunión y de la comunidad, presente y vivo en todas partes, al que no se adora en un lugar sagrado sino “en espíritu y verdad”. Más aún, en Jesús Dios se hace humano, concreto, es un Dios que nace, vive, trabaja, escucha, llora, sana, sufre, muere y resucita, con todo lo cual abre un camino de profunda humanidad a la fe y a la religión.

Recordamos esta verdad de nuestro Dios porque va a iluminar las preguntas que nos hacemos. Es la base teológica.

3. BASE MORAL: JUSTICIA Y AMOR

De la manifestación de este Dios en Jesús brota una exigencia práctica, como una necesidad intrínseca de la misma revelación, es la moral de la justicia y del amor. No puede ser de otra

manera cuando se cree en un Dios liberador de personas, de pueblos, un Dios cercano, un Dios Padre y un Dios humano en Jesús.

Cuando hablamos de fe-justicia, por tanto, no nos referimos a un slogan de moda, a la suma de dos dinámicas diferentes, a la yuxtaposición de dos factores, sino que nos referimos a algo esencial para el creyente en el Dios de Jesús: andando por los caminos de la fe, hacia dentro de la misma nace una justicia. Se trata de la justicia que brota de la fe.

Fe indica referencia a Otro, a diferencia de visión. Nuestra fe hace referencia al Dios de Jesús, un Dios de personas y de liberación. Es imposible hacer la entrega de la fe sin que se implique la justicia de este Dios. Creer, marginando la justicia es una idolatría, porque se tiene fe en otro Dios, no en el cristiano.

Conviene aquí recordar las dimensiones de esta justicia, tal como se ha ido profundizando en la doctrina social cristiana. No nos podemos quedar en unos conceptos vaporosos de justicia, como en unas buenas intenciones.

- Justicia conmutativa: dar a cada uno lo que le pertenece.
- Justicia distributiva: cargas y responsabilidades según situaciones.
- Justicia social: aportación común, socialización, para un mundo más humano y solidario.
- Justicia evangélica: aquella propia del perdón y la conversión.

Y, con esto, llegamos al segundo elemento moral que es el amor, que ya no se contenta con dar, con distribuir, con colaborar al bien común, con perdonar, sino que se da a sí mismo, se identifica con los demás, les sirve desde sus necesidades, comparte su vida, entra en comunión gratuita y hace el milagro de la solidaridad y la fraternidad.

Justicia y amor se implican. No se da el uno sin el otro. Esto es importante ante el amor que se salta la justicia.

Digamos, para cerrar este apartado, que el cristiano, aunque cree que esta base moral tiene un fundamento religioso, o creyente, sabe también que es tan profundamente humana que no es “propiedad exclusiva” de los creyentes. Por eso la presentamos aquí como válida para un proyecto social.

4. BASE EDUCATIVA: HOMBRES Y MUJERES PARA LOS DEMÁS

Implicados por la iniciativa del Señor en la misión de Jesús en el mundo, que es una misión de amor y de justicia, un grupo de educadores intentamos concretar este cometido fundamentalmente en el proyecto de formación que el P. Arrupe definió como educar hombres y mujeres para los demás, que sean agentes de cambio cultural, social y político en la opción por la fe y la promoción de la justicia. Esta es nuestra tercera base, la educativa según las líneas y el estilo de los colegios de la Compañía.

Educación, es decir provocar, acompañar, estimular y evaluar unos procesos personales graduales, adaptados y que parten de la propia identidad de los alumnos.

Unos hombres y mujeres para los demás, es decir que sean capaces de alcanzar el nivel de reconocimiento, aceptación y donación de los otros y hacia los otros. Se trata de la capacidad de alteridad, sin la cual no podemos hablar seriamente de amor, sino en el mejor de los casos de actuación según la propia conciencia, seguramente con el fin de tranquilizarla. Para alcanzar este nivel afectivo y activo de la alteridad habrá que superar los narcisismos y los engaños que inducen a poner a los demás al servicio de nuestros intereses. Para los demás, significa no sólo para ellos, sino desde ellos.

No hay duda que entre estos “ellos” se incluyen y en un lugar privilegiado los más desheredados de la tierra, los pobres, los marginados y explotados. Esto es por razones teológicas y de amor y de justicia. No educamos para personalidades cerradas y autosuficientes, sino para aquel estilo de amar que es el propio de Jesús.

Agentes de cambio, cultural, social y político. Esto supone una formación capaz en primer lugar de dejarse impactar por los clamores de la sociedad en sus sectores más débiles, supone, que este impacto es también crítico y lleva en sí una cierta respuesta de acción. Se trata, pues de todo un largo proceso que intenta mantener el equilibrio entre la necesaria adaptación al ambiente y la inadaptación capaz de transformarlo.

5. PRIMERA CUESTIÓN

Una vez hemos recordado las bases teológica, moral y educativa vamos a intentar responder a las preguntas que nos hacíamos.

La primera era: ¿Qué elementos de la sociedad actual, de su sistema de valores, vemos con toda claridad que hemos de denunciar?. Se trata, por tanto, de clarificarnos, de ser capaces de formular aquello por lo que no estamos dispuestos a apostar, más aún de nuestros contras a la luz del Dios de Jesús, de la fe-justicia-amor y de nuestro proyecto educativo de formar hombres y mujeres para los demás.

Dar una respuesta a esta cuestión merecería un análisis más profundo y quizás todo un largo proceso. Voy a dar mis respuestas para que puedan servir de hipótesis de trabajo.

1. Hay que denunciar un sistema económico que produce víctimas de pobreza y marginación, casi por necesidad intrínseca, aceptada por la inmensa mayoría como una lógica inevitable.

No podemos estar de acuerdo que la riqueza vaya aumentando en unos a costa de que aumente la miseria de los otros. Es una blasfemia contra Dios, una injusticia contra los humanos, una llamada a la justicia y al amor y un reto para nuestra educación.

2. Hay que denunciar el criterio de que no hay nada a hacer, de que no hay remedio posible para esta dinámica ni para hacer salir de la miseria a los pobres. Dicen que es inútil esforzarse, porque el mal es superior al bien.

No podemos admitir esta visión fatalista de la historia, como si no hubiera habido una redención, una liberación, como si la resurrección de Jesús fuera un mito irreal.

3. Hay que denunciar la falta de crítica que nos domina, este acriticismo conformista que inutiliza los esfuerzos, produce malos humores, no va a las causas y se retira frente a las dificultades.

La falta de crítica provoca la inacción, el conformismo, el pesimismo y la alienación de los problemas sociales.

4. Hay que denunciar el desprestigio de todo lo que sea colectivo, como si lo único válido y lo que abre los caminos fuera lo individualista y privado. Este desprestigio no es ingenuo, beneficia a unos sectores que imponen su ley.

Y hay que denunciarlo en nombre de un Dios comunitario, de un Dios que salva a todos y cada uno, de una Iglesia que se ha definido a sí misma como Pueblo de Dios y que tiene una larga tradición de enseñanza social.

5. Hay que denunciar la que podríamos definir como la estética del dinero, que ensalza la riqueza como un bien en sí mismo, como un valor absoluto, la puerta del poder, la fruición, el dominio y el placer.

Porque éste es el nuevo becerro de oro, el nuevo culto idolátrico, que mata a inocentes, destruye familias y pueblos, ofende a Dios y degrada a sus adoradores, deshumanizando sus almas.

6. Hay que denunciar el consumismo como filosofía de la vida, que provoca unas necesidades en una espiral insaciable, que llevan a un nuevo vacío y a la búsqueda alocada de lo último, lo mejor, lo más práctico, con lo que se golpea toda posibilidad de solidaridad, de silencio interior y de abrir los ojos a la realidad de las mayorías humanas.

Son estas seis denuncias una realidad evidente. No estamos de acuerdo con unos mecanismos económicos sociales que producen víctimas, con la visión fatalista, el acriticismo comodón y evasivo, la estética del dinero y el consumismo atontante y alienante. A esto decimos: no.

Pero ¿cómo lo denunciamos esto en las escuelas? ¿En su conjunto institucional, en la enseñanza, la evaluación, la formación, la pastoral, la formación social? Habrá que debatirlo.

6. SEGUNDA CUESTIÓN

Quedó formulada de esta manera: ¿Qué realidades actuales, que ya se dan, vemos con toda claridad que hay que potenciar?.

Se trata del contrapunto de la pregunta anterior. Vemos y palpamos muchas y buenas semillas de futuro; hay, pues, que potenciarlas.

1. Hay que potenciar todo cuanto signifique sensibilidad frente a los problemas humanos y sociales. No se trata de sensiblería fácil y pasajera, sino del espíritu que se deja impactar por la

realidad de los demás y que reacciona frente a ella, en comunión con ella. Este impacto que le llevaba a San Ignacio a la pregunta sobre “lo que debemos hacer”, una sensibilidad que pone en acción.

Está claro que nuestro Dios es el Dios de Misericordia, que defiende al pobre y a la viuda, que escucha el clamor del pueblo. Es un Dios sensible, por humano, por solidario. Pero, en esta historia “no quiere tener otras manos que las nuestras”.

2. Hay que potenciar que el trabajo por la modificación de las estructuras sociales vale la pena, es necesario. Una buena ley, una política honrada y eficaz, la administración pública al servicio de los ciudadanos, la organización de la polis, los derechos humanos... etc. son estos elementos, junto con otros que no acabaríamos nunca de enunciar, de gran transcendencia social, y a ellos vale la pena dedicarse con espíritu de servicio y mentalidad solidaria y altruista.

3. Hay que potenciar la labor dedicada a la persona concreta, a la que sufre, está enferma, en la cárcel, es marginada, es inmigrada o desprotegida. Está claro a causa de la dignidad de este hombre o mujer. Es toda una vida irrepetible, que necesita humanidad, y a la que a través de nosotros le llega la humanidad de Dios.

Esto es un fin en sí mismo. Pero no puede servir de fácil excusa para desentenderse de la tarea colectiva y social. Nos hemos de mover en las dos dimensiones.

4. Hay que fomentar todo cuanto sea objeción de conciencia frente a leyes impositivas en el campo militar, fiscal, o en contra de los derechos de la vida y de la armonía ecológica de la naturaleza.

Sin duda habrá que vigilar que la objeción sea verdadera y no una fácil salida que esconda otros intereses y egoísmos. Pero el hecho mismo de la objeción, de la anteposición de la conciencia formada es ya un dato de la dignidad humana que debe encontrar su reflejo en el ordenamiento democrático de las leyes.

5. Hay que potenciar todo lo que conduzca a la solidaridad con los demás, en particular con los más pobres y marginados, para que por ella se suplan las diferencias y puedan reconocerse como personas.

Estos caminos hacia la solidaridad pasan por la aproximación a las realidades de vida, el estar cerca, fomentando unas actitudes receptivas, de forma que se entre en comunión y desde ella, es decir, desde las necesidades reales, vividas por ellos, se les ofrezca nuestro servicio y nuestra dedicación. No se trata, por tanto, de hacerlo para alcanzar nosotros unos niveles de conciencia moral coherente, sino por la necesidad y el clamor que nos llega de ellos.

6. En el campo de la fe hay que fomentar aquella espiritualidad cristiana que mueve a un seguimiento de Jesús, tal como San Ignacio lo muestra en los Ejercicios Espirituales, en pobreza y humildad.

La razón es muy clara, este seguimiento con este estilo es la garantía de una acción que no busca su propio beneficio, que no esconde intenciones de realización personal a costa de los demás, sino que se da en lo gratuito, en lo desinteresado, y a la vez se muestra fuerte y constante por la serenidad y la convicción inamovible de que nos lo pueden quitar todo; ya de

antemano lo tenemos dado.

También aquí, después de esta segunda cuestión, viene la pregunta sobre las mediaciones formativas que nos han de ayudar a construir unos modelos capaces de estas potencialidades. Habrá que debatir, como es lógico, sobre ello.

7. TERCERA CUESTIÓN

¿Cuáles son nuestras perplejidades, nuestras dudas, aquello que habrá que discernir?

Sin duda es ésta la pregunta más difícil, por su mismo contenido de obscuridad temática y de respuesta, y porque en ella caben tantas dudas, incertidumbres, engaños inclusive, que puede convertirse en un cajón de sastre para la disertación, para el debate que se escucha a sí mismo y en última instancia para la ineficacia frente a las otras preguntas anteriores, que por sí mismas nos mueven a una acción.

Con todo, la perplejidad tiene un valor y un sentido, que es, por una parte, el constatar que los problemas no son nada fáciles, que hay una notable complejidad en ellos, y por otra el señalarnos nuestra limitación, la necesidad de buscar en los demás, de profundizar, de esta actitud vital del que busca siempre, porque se sabe poca cosa y que, por tanto, no puede nunca engreirse. Es un disparadero para la humildad. Por otro lado constatamos lo absurdo que es cuando se nos presenta el pensamiento seguro de sí mismo, los que todo lo saben y lo tienen claro. Esconden, sin duda alguna, una mediocre inteligencia o un miedo notable a la inseguridad que da el vivir en medio de la obscuridad. Por esto los fanatismos tienen actualmente tanta incidencia, por la inseguridad de nuestro tiempo.

Vamos a señalar, con todo, algunas de estas cuestiones que nos dejan perplejos frente al futuro de nuestra sociedad.

1. ¿Dónde radican realmente los verdaderos poderes, los órganos de decisión que determinan la macroeconomía de nuestro mundo y van marcando las coordenadas del futuro?. Sabemos que los políticos tienen unos márgenes limitados de poder. ¿Dónde está el poder real?

Allí donde se halle ¿puede el hombre o la mujer que quiere seguir a Jesús situarse en estos centros de poder? ¿Es un lugar para el cristiano? Si en la primitiva comunidad había una serie de profesiones a las que había que renunciar para ser bautizado vg. gladiador, soldado... etc. ¿puede en el mundo de hoy situarse un cristiano en estos círculos de poder real? ¿Habrá que pensar que necesariamente se tiene que ensuciar? ¿Podrá durar mucho tiempo? ¿A qué precio?

2. Con la caída histórica del marxismo, de la revolución comunista, parece a primera vista que todo el mundo camina hacia una sociedad de libre mercado, un capitalismo al estilo anglosajón. Pero ¿se trata de algo tan sencillo, irreversible y definitivo? o ¿puede pasar como en el siglo XIX que hubo un restauracionismo monárquico, con la caída de Napoleón y la revolución francesa, pero durante todo el siglo se fueron sucediendo conflictos revolucionarios hasta que los ideales de la revolución francesa encontraron plasmación en los estados republicanos y en las democracias modernas?. ¿Puede pasar algo parecido con la revolución social comunista? ¿Tendremos una cadena de conflictos sociales, sobre todo en el tercer mundo, hasta que se vea que el capitalismo, como lo hiciera antes la monarquía absoluta, es incapaz de responder a las

profundas aspiraciones de los derechos de las personas?

Atención, pues, que quizás nos están vendiendo lo definitivo en el momento en que empieza su verdadera crisis. ¿Qué pensar sobre esto? ¿Estamos en el fin del comunismo o en el inicio de su integración modificada? ¿Vivimos el éxito del capitalismo o se van a acentuar más que nunca sus fracasos, ahora que carece de enemigo visible?

3. Bajando ya a lo concreto de nuestra profesión, muchas son las cuestiones que nos plantea sobre la eficacia de nuestro trabajo en una sociedad en la que la infancia va dejando de ser una edad protegida para que pueda formarse la persona en un clima de progreso sereno. Ya se habla de la muerte de la infancia a causa del bombardeo informativo que continuamente desvela un conocimiento del mundo, que no pasa por la criba de una pedagogía y una didáctica, sino que responde a los intereses de los medios de comunicación y del consumo.

Podríamos añadir un largo etcetera sobre los cambios rápidos que provoca la microelectrónica. Incluso en el mundo afectivo de los niños, la situación real y conflictiva de nuestra profesión, el futuro de la enseñanza en la que cada vez hay más bajas por la poca reputación y los múltiples problemas que tiene, las contradicciones de las Iglesias...

Queden ahí las perplejidades y, para nosotros, ahora será mejor centrarnos de lleno en las dos primeras cuestiones, que pienso pueden darnos muchos elementos para reflexionar, debatir, y concretar.

8. CONCLUSIÓN

Vamos ya a terminar. Nos formulábamos, al principio, la pregunta sobre el proyecto de sociedad, que se nos concretaba en tres cuestiones acerca de lo que claramente hemos de denunciar, lo que hemos de fomentar y las perplejidades intermedias. Antes de pasar a la respuesta hemos recordado las bases, teológica, moral y educativa, que representan el sistema de valores, necesario para realizar la crítica. A continuación hemos intentado enumerar y motivar sumariamente las respuestas a las tres preguntas. Supongo que queda claro el por qué nos ha sido necesario ir a las bases, a los fundamentos; y también lo subjetivo y discutible de las respuestas que he apuntado.

Ahora toca el turno a vuestro trabajo. Pienso que debe moverse en un doble plano. En primer lugar ver si mis respuestas son las de todos, si hay que añadir, quitar, retocar... intentando llegar la primera y segunda pregunta. La tercera nos llevaría a un galimatías de imprevisibles consecuencias, que nos calentaría la cabeza y quizás nos serviría de poco en este momento.

Alcanzado el consenso, pienso que en un segundo plano o momento convendría concretar las líneas educativas correspondientes, tal como están o mejorándolas si ha lugar, en los proyectos de formación social.

CUESTIONARIOS DE TRABAJO

1. Elementos de la sociedad a denunciar

— ¿Estás de acuerdo en los elementos a denunciar que expone el escrito? ¿Participas de las razones que da el autor?

— Desde tu experiencia ¿añadirías otros factores de denuncia?

— ¿Cómo adaptar o traducir al mundo educativo lo que significa la palabra denuncia? Imagina acciones formativas, concretas (según cursos y edades) que ayuden a significar y den respuesta a estas denuncias críticas.

2. Realidades sociales a potenciar

— ¿Qué elementos de esperanza descubrimos en nuestros alumnos? (Se trataría tanto de las realidades que ellos viven como esperanza, como de las que nosotros descubrimos en ellos, aun cuando no tengan mucha conciencia de ellas).

— ¿Cómo sensibilizar en nuestro trabajo educativo normal y escolar la sensibilidad de los alumnos sobre los problemas sociales?

— ¿Estaríamos de acuerdo en que la “objeción de conciencia” frente a leyes impositivas tiene en sí misma un valor personalizante y democrático que hay que potenciar a toda costa? ¿No se correría el riesgo del descrédito de la ley y de fomentar un subjetivismo narcisista? ¿Cómo responderíamos a esta dificultad?

3. Perplejidades.

— Además de las que se exponen en el escrito ¿qué otras realidades sociales y políticas actuales, que tengan relación con el mundo educativo, nos causan perplejidad? ¿Seríamos capaces de definir bien los términos del problema y el estado de la cuestión?

— ¿Cómo trabajar en equipo en el marco de la duda, la perplejidad y el interrogante que pueden oscurecer los objetivos? ¿Es posible hacer un diseño educativo y una metodología en este marco?

B. LA PARÁBOLA DEL EXILIO

INTRODUCCIÓN

Iniciemos esta exposición partiendo de una parábola de historia ficción. Supongamos que formamos parte de un colectivo de religiosos y seglares dedicados a la educación, creemos en ella de verdad, como vehículo de estructuración personal, de apertura cultural y de renovación social. Nuestro colectivo acaba de llegar del exilio.

Resulta que hace unos años nos expulsaron del país. Fue un gobierno de extrema derecha o de extrema izquierda, que nos consideró peligrosos, nos incautó todos los bienes, canceló las cuentas corrientes y nos puso en la frontera, casi con las manos en los bolsillos.

Hemos vivido en el exilio de la caridad fraterna, nos hemos ido defendiendo y, también, esto es muy importante, hemos reflexionado y orado mucho sobre nuestra educación, nuestros aciertos y nuestros fallos.

Hoy hemos regresado al País. La situación ha cambiado, se nos acepta con naturalidad. Incluso más, la sociedad, de alguna manera quiere rehacer la injusticia de que hemos sido objeto. Eso sí, se nos destina a todos al trabajo con niños y adolescentes. Se nos pregunta ¿qué quieren hacer Uds.? No les podemos devolver edificios, escuelas, bienes inmuebles y demás, pero tenemos voluntad para ayudarles, si son capaces de presentar algo interesante, renovador, con futuro. Evidentemente entendemos que tratándose de laicos y religiosos, van a dar a su proyecto una dimensión religiosa.

Hasta aquí la parábola. No tan extravagante y absurda. Si nuestros antepasados del XIX e inicios del XX la oyeran la encontrarían lógica, ellos conocieron estas expulsiones y supieron lo que significa volver a casa.

1. RESPUESTAS POSIBLES

Voy a imaginar varias respuestas posibles, que no entrarían en contradicción con los planteamientos que hacemos de educar en la opción por la fe y la justicia, que es lo que ha de definir y dar identidad a las instituciones que llevamos a cabo por el Reino de Dios en este mundo.

1. No hacer instituciones educativas. Entrar en la red pública¹.

Quizás algunos de nosotros podríamos pensar que lo mejor sería no volver a crear instituciones, que tantos quebraderos de cabeza nos dieron antes del exilio. Que lo mejor sería trabajar como educadores cristianos, y en la línea carismática de fe y justicia, en la escuela pública, a la que suelen ir los sectores más pobres y precarios de nuestra sociedad.

Si alguno de nosotros tomara esta decisión creo que nos parecería acertado. Lo encontraríamos sensato y le ofreceríamos nuestro apoyo, amistad y colaboración, de forma que no quedara desconectado de nuestro colectivo, sino, al contrario, sabiendo de la dificultad y de la dureza de su labor, contaríamos con él y le tendríamos muy presente.

2. Hacer una escuela para hijos de familias creyentes

Otros quizás tomaríamos la opción de intentar ayudar a fondo a familias creyentes, matrimonios para los que la fe no es un simple tamiz superficial, sino la misma esencia de su proyecto de pareja en sacramento de Jesús.

En el marco de una sociedad democrática y plural, de una sociedad materialista y economicista, donde vivir el Evangelio es ir contra corriente, estos padres de familia recibirían nuestra oferta como venida del Cielo.

En este proyecto quedaría muy claro que la colaboración entre familias y escuela sería enormemente importante. No se trataría únicamente de entrevista para comentar la marcha de los niños y los resultados académicos, sino sobre todo para ver de fomentar los valores morales, los procesos de una fe que se educara a la vez entre el respeto a la libertad y el testimonio de la vida familiar y escolar.

En el marco de esta colaboración fundamental se tratarían los problemas de la iniciación a la liturgia, la catequesis, la modelación de un corazón infantil sensible a la llamada de Jesús y a la llamada de tantos hermanos hambrientos y explotados del mundo. Todo lo cual llevaría a un estilo sencillo, austero, fraternal, dialogante y esperanzador.

No nos iban a faltar dificultades, internas unas y externas otras. En primer lugar la evolución misma de las familias, de nosotros y de los niños: fácilmente nos iríamos acomodando a la sociedad, sometidos al continuo bombardeo del consumismo y el hedonismo. Se plantearían cuestiones de tipo académico a la hora de evaluar, y no sabríamos muy bien y con claridad si dar prioridad a la nota objetiva o al crecimiento en los valores y las actitudes. Haríamos todo lo posible para que ningún niño abandonara la escuela por razones académicas o por falta de medios económicos, aunque esto representara un cierto quebradero de cabeza en algunos casos.

Nuestra escuela tendría un ideario concreto, claro, una oferta libre para familias creyentes. Aconsejaríamos con buenas palabras a padres que no participaran de nuestro modo de ver y de sentir, que la enseñanza de sus hijos en nuestro centro no les sería conveniente, ya que entrarían en cierta esquizofrenia entre lo que viven en casa y lo que se les intentaría transmitir en la escuela.

3. Hacer una escuela de inspiración cristiana abierta a todo el que quisiera

Podríamos, también, tomar otra opción, pensando en aquello del Evangelio de que hay que salir a buscar la oveja perdida y que la Buena Noticia no es para los que se consideran sanos, sino para los enfermos y los alejados. Podríamos montar una escuela abierta a todos los que quisieran venir a ella, sin esconder para nada nuestra identidad y nuestro proyecto.

Nos gustaría, evidentemente, que muchas familias cristianas practicantes llamaran a nuestra puerta, porque ellos iban a ser nuestros colaboradores en la no fácil transmisión de valores humanos abiertos a la fe y en comunión con ella. Pero también nos gustaría que acudieran hijos de creyentes alejados, porque habían abandonado el contacto con la religión, porque estuvieran sumergidos en una cultura de lo inmediato o porque no se sintieran en comunión con la marcha

concreta de la Iglesia. Pensamos que ellos, en contacto con nosotros (sin llenarles la cabeza de ideas proselitistas, sino con una acogida amable, inteligente y honrada) a la larga iban a descubrir algo importante sobre Dios, que les podría renovar la fe que aun alienta bajo tantas cenizas.

Finalmente aceptaríamos con gusto familias no creyentes convencidas o agnósticas, que de entrada estuvieran dispuestas a nuestros planteamientos, y que en consecuencia no podrían ser fanáticos, sino liberales. Ellos, en principio, no pondrían ninguna dificultad en que sus hijos, caso de que evolucionaran hacia la fe, llegaran un día a ser católicos.

Este planteamiento de escuela, sin duda, debería modificar nuestro proyecto educativo y pastoral en relación con el modelo anterior. Intentaríamos que toda la estructura, por sí misma y por el modo de establecer relaciones humanas, fuera un signo de justicia y de fraternidad y no tuviera nada que ver con las instituciones que buscan el lucro como meta de su trabajo. Evitaríamos todo lo que fuera propio de los esquemas de poder, de prestigio mundano o de riqueza no en consonancia con el Evangelio. Procuraríamos poner el acento en el trato personalizado y humano con los niños.

No creo que ofreciéramos catequesis, sino unas clases de cultura religiosa bien preparadas, así como de ética práctica, para todos, que fueran realmente un espacio diferente. La catequesis sería opcional, dándole, esto sí, unas ventajas de horarios y facilidades dentro del marco escolar. Así mismo haríamos una oferta de celebraciones para los que entendieran que su fe también se celebra en comunidad, tal como Jesús nos mandó. Las cuidaríamos mucho, así serían signo de fortaleza y comunidad para los asistentes habituales y signo de novedad y de gozo para los ocasionales, que deberían descubrir en ellas una alegría que no se encuentra en la sociedad.

A nadie se le escapa que tendríamos muchos problemas en este proyecto, (que podríamos llamar de escuela evangelizadora) y que exigiría de nosotros una gran cohesión, mucha colaboración y trabajar y orar juntos. Quisiéramos que fuera realmente una ayuda a fondo en el proceso evangelizador de la Iglesia.

4. Hacer una acción educativa para los niños más marginados de la sociedad

También ésta sería una opción en consonancia con nuestros objetivos y con lo que la sociedad y la Iglesia pide de nosotros. No decimos una escuela, sino una acción educativa, porque posiblemente lo que hiciéramos no se podría encuadrar en ninguno de los modelos del sistema actual vigente, dada la peculiaridad de nuestro “alumnado”.

Se trataría de poner todas nuestras capacidades, potencial y recursos al servicio de los niños de la calle, de los adolescentes que van por el camino de la pre-delincuencia. No sería nada fácil, exigiría de nosotros un cambio de mentalidad y una profunda transformación de hábitos: como un empezar de nuevo.

Todo quedaría marcado por este cambio de alumnado: horarios, distribución, concepto de aula, de evaluación... Sería el arte de lo posible, a partir de lo que viniera a nosotros. Sin duda íbamos a sufrir una larga temporada, antes de que descubriéramos caminos concretos y realistas de formación para ellos.

Lo que sí sería cierto es que iban a pedir de nosotros una enorme capacidad afectiva, porque ellos carecen sobre todo de la estructuración de sentimientos que da una familia estable. Tendríamos que movernos entre sus agresividades y la ternura que tendría que ofrecer nuestra presencia, y ello en altibajos continuados y desconcertantes. Deberíamos trabajar muy unidos, examinando a menudo los pasos que diéramos y criticando, con humildad y verdad, los posibles errores y estallidos de mal genio que abundarían, antes no llegáramos a la seguridad personal frente a unas personas inocentes, tan maltratadas por la vida y tan desestructuradas sin culpa propia. Posiblemente que algunos de nosotros, ante los hechos que a diario constataríamos, nos descubriríamos, más de una vez, con cierto odio hacia la buena sociedad, llegaríamos a planteamientos impensables antes del exilio.

En medio de las contradicciones no nos abandonaría la conciencia de trabajar con aquellos que son los preferidos de Jesucristo, los más pobres, los más abandonados. La lectura de la Palabra y la celebración de la Eucaristía serían para nosotros una fuerza y un amor que llenaría de sentido nuestras vidas y nos capacitaría para seguir por este camino duro y a la vez muy urgente.

Estas son las cuatro posibilidades que se me ocurren para nuestra vuelta del exilio. Seguramente habrá otras, pero las anotadas creo que resultan sugerentes:

- Trabajar como cristianos en la escuela pública
- Trabajar en una escuela para ayudar a familias católicas practicantes
- Trabajar en una escuela evangelizadora
- Trabajar conjuntamente en un proyecto educativo para niños marginados

2. ELEMENTOS COMUNES A TODAS LAS RESPUESTAS

Podríamos preguntarnos si hay elementos comunes a las cuatro respuestas que acabamos de presentar. La pregunta es interesante porque nos puede poner en la pista válida y básica de nuestro proyecto educacional.

1. Ante todo un trabajo educativo

Nosotros no somos un centro recreativo, un hogar de niños excursionistas o un movimiento parroquial de acción católica infantil. Somos educadores, maestros, profesionales de la formación humana, transmisores inteligentes de la cultura a las futuras generaciones.

Por tanto en cualquier hipótesis hemos de trabajar como escuela. (Aun en la última hipótesis de una labor con los niños de la marginación nuestro trabajo sería escolar, si bien no encajaría en los moldes sociales que actualmente se contemplan).

Esto es fundamental para situar la pastoral de la infancia y adolescencia en los colegios (como en su caso en las parroquias). Se trata de una pastoral que se mueve en un marco determinado. Que no se añada como un apéndice –por importante que sea– el cual, en el fondo, poco tiene

que ver con la misma estructura educativa. No se trata, por tanto, del carisma de una determinada persona, que se las ingenia para hacer un poco su obra pastoral al lado de la marcha de la escuela.

¿Qué significa una pastoral integrada? Es ésta una cuestión abierta a la búsqueda de todos, al debate de todos. Pero pienso que debe quedar muy claro que es toda la escuela la que se implica en la pastoral y es la pastoral que se implica en toda la escuela.

Nuestra opción ilumina todo el trabajo: clases, recreos, trato con las familias... Todo el conjunto de relaciones, programaciones y revisiones están impregnados de un espíritu humano y humanista que encuentra su inspiración, sin necesidad de decirlo a cada momento, en la comunión con Jesús y su Causa, que es el Reino de Dios.

2. Mutua colaboración

Un segundo elemento de nuestro trabajo con los niños y adolescentes, en cualquiera de las cuatro hipótesis, es la necesidad de la mutua colaboración, entre los que trabajamos en la misma escuela y también, hacia afuera, con los que han tomado una opción distinta.

La colaboración entre nosotros –los que hemos tomado una misma opción– es del todo lógica, precisamente por ser escuela, es decir, colectivo, y por ser cristiana. No se trata tan sólo de la colaboración entre los que están implicados en el trabajo pastoral –cosa absolutamente necesaria– sino entre todos, porque todo es importante en la formación de los niños.

La colaboración hacia fuera de la escuela también sería lógica, dado que todas las opciones parten de un mismo ideal y a todos nos interesa participar de un movimiento educativo fundamentado en los mismos criterios evangélicos de opción por la fe-justicia.

3. Vinculación a la misión de la Iglesia

También éste sería un elemento común a los cuatro modelos reseñados. La Iglesia –como signo sacramental de la presencia de Jesús en este momento histórico– tiene como misión anunciar la Buena Noticia del Señor, que es liberación de esclavitudes, condicionamientos y dependencias para alcanzar una libertad que nos haga amar de verdad a los hermanos, y en ellos al mismo Dios.

Tenemos, pues, misión de la Iglesia para realizar este Reino de Dios que ya está presente entre nosotros. Estas palabras no pueden ser como una declaración legalista de unos principios que en la práctica se alejan mucho de la realidad. Por el contrario, significan relación con las parroquias, los movimientos de Iglesia... con todo el pueblo de Dios del que formamos parte. Esto puede tener muchas consecuencias prácticas y transformadoras.

3. DE LA PARÁBOLA A LA REALIDAD

Vamos a dar un paso adelante en nuestro itinerario. a) Resulta que en cierto sentido sí que hemos vuelto del exilio. b) Y en un sentido mucho más real y objetivo no hemos vuelto, porque no ha habido dicho exilio.

a) En cierto sentido hemos vuelto del exilio en cuanto que nuestros centros no son lo que eran antes, se han ido transformando desde dentro, siguiendo el ritmo de la sociedad y de la Iglesia. Hoy son algo bastante distinto de lo que fueron en épocas pasadas. El Concilio Vaticano II, los Capítulos Generales de las Congregaciones religiosas, etc. representaron una marcha valiente por el desierto de la novedad del Espíritu, que nos obligaron a planteamientos, discernimientos y debates, equiparables —analógicamente— con un exilio de las seguridades anteriores, de las “cebollas y los ajos de Egipto”.

b) Pero en realidad estamos aquí, no nos han expulsado desde hace ya muchos años, ni se plantea hoy el tema. Nos vamos haciendo mayores en unas sociedades ricas —con bolsas de miseria en su interior que se intenta tapar— y seguimos trabajando en los centros.

Si examinamos las cuatro propuestas posibles, creo, sinceramente, que como colectivo y, por tanto, dejando aparte vocaciones personales, hemos de afirmar que nos movemos en el tercer modelo, la escuela evangelizadora. No podemos soñar en el segundo por irreal, y como grupo ni estamos en la escuela pública ni trabajamos con los «niños de la calle». Apreciamos, sin duda, estas labores, colaboramos con ellas indirectamente, pero nos movemos de facto en el tercer modelo.

4. SITUADOS EN EL TERCER MODELO

Hemos expuesto ya como es este modelo: que resulta abierto, dinámico, muy realista; y también que puede resultar ambiguo y, por ende, si no se profundiza, insatisfactorio. Por ello voy a concretar unos elementos básicos que centren el proyecto.

En la escuela evangelizadora se dan hoy elementos pastorales, elementos evangelizadores y elementos misionales.

Elementos pastorales

Es evidente y lógico, porque hay familias y niños de esta escuela que son creyentes, sinceramente creyentes, con un claro ambiente de oración, de caridad, de sentido de Iglesia. Se trata de familias que, como indicó el Concilio, son verdaderas “Iglesias domésticas”. Estos niños han de encontrar en la escuela una pastoral que ayude a cultivar la experiencia religiosa personal, la celebración comunitaria y la inteligencia de una fe razonable y formulada, según las capacidades y la mente infantiles. La escuela evangelizadora debe también proponer los gestos de caridad y de acción por la justicia que sean coherentes con la edad y el desarrollo de los niños, a nivel evolutivo y grupal.

Las familias y niños, que pertenecen más explícitamente a la Iglesia, han de realizar con nosotros la misma función que la Iglesia realiza en el mundo: ser fermento en la masa, estar al servicio del Reino de Dios y dar testimonio de la presencia real de Jesucristo en el Espíritu que habita en nosotros.

Evangelización

Día a día esta dimensión se nos presenta como la más importante, porque es la que responde más a la mayoría de las familias, que son cristianos culturales. Han recibido algunos sacramentos, tienen vivencias personales de Dios; pero tienen una enorme ignorancia sobre la fe, la Iglesia, las verdades dogmáticas y sus formulaciones actuales. En muchos de ellos se dan a la vez elementos de crítica inteligente y de superstición religiosa. Muchos se encuentran “en un gran lío”; otros ya no se plantean nada. En la práctica viven bastante de espaldas a Dios, pero, eso sí, desean para sus hijos unos buenos fundamentos morales para que dentro de una sociedad democrática y plural usen bien de la libertad y no se escapen por caminos de drogodependencias y otras situaciones lamentables.

Para éstos y sus familias nuestra escuela sería una llamada institucional y relacional a la Buena Noticia de Jesús, a una novedad de valores y de vida capaz de ser transformadora de su mundo familiar, personal y también social.

Elementos misioneros

Se suman y añaden a los dos anteriores. Hay que tratar de hacer presente en el mundo escolar –en su sentido amplio– la presencia de los valores del Reino de Dios, como signos de futuro humano. Esta Escuela tiene una gran responsabilidad social y política, en sus relaciones institucionales, internas y externas. Por ellas se acerca o se retrasa esta misión.

La escuela cristiana evangelizadora no puede caer en los defectos del burocratismo, que tanto daña a la escuela pública, o del elitismo y el lucro, que a menudo hipoteca a la privada. Su papel es el servicio.

5. RECREAR LA TRADICIÓN

Pongamos punto final a esta reflexión.

La escuela evangelizadora ha de tener una gran sentido de apertura al mundo, sin anular la personalización que merece cada alumno, con una sincera proyección mundial, como supone la etimología de la palabra “católico”. Nuestra escuela ha de tener una sensibilidad social enorme, enraizada en el entorno cultural de nuestro mundo, seguidores de tantos que intentaron situarse en el lugar propio de las culturas (como los Ricci y los Nobili) y que para nosotros hoy significa la opción por la fe y la justicia vivida desde la realidad del primer mundo. Nuestra escuela debe fomentar una gran proyección misionera como perteneciente a una gran red misional que se extiende por todos los continentes. También debe intentar dar una preparación intelectual y sensible con metodología y rigor, fomentar el sentido crítico y la capacidad de acción para que los que pasen por ella sean agentes de cambio, portadores de alternativas constructivas y justas.

¿Qué mejor podemos ofrecer a los niños y niñas que vienen a nosotros? Ya sabemos que esta utopía tropieza con infinitos problemas. Pero queda claro que no queremos trabajar con inercias y rutinas. Tenemos un proyecto capaz de provocar entusiasmo. Lo trataremos y discutiremos en el cuestionario de forma que este idealista soliloquio se convierta en un comunitario coloquio.

CUESTIONARIOS DE TRABAJO

1. Si esta parábola fuera cierta y vuestro grupo volviera de un exilio,

— ¿cuál de los cuatro modelos que se proponen escogería como más coherente y más urgente para nuestra sociedad? ¿Qué método de discernimiento utilizaría para alcanzar este objetivo? ¿Qué razones serían más contundentes a la hora de tomar esta decisión?

2. Si vuestro grupo no se decidiera por la escuela pública,

— ¿qué pediría a los que están en ella como opción en cuanto a información y mutua colaboración? ¿Se dan en la realidad de hoy esta información y mutua colaboración?

3. Si vuestro grupo no se decidiera por un colegio de padres católicos o por un colegio evangelizador,

— ¿qué esperarían de ellos en cuanto a información y colaboración? Preguntarse si se da actualmente y por qué.

4. ¿Conoces escuelas, grupos de educadores... etc. que trabajen en el cuarto proyecto?

— ¿Es una realidad posible? ¿Qué respuesta social merecería una iniciativa de cara a los niños de la calle?

5. Pregunta para los educadores de escuelas religiosas o diocesanas,

— ¿Qué imagen de Iglesia damos? ¿Es la del Concilio Vaticano II? ¿Qué le falta al colegio como institución para que sea realmente evangelizador? ¿Qué se debe pedir a los profesores, padres y comunidad educativa? ¿Papel de los religiosos/as, laicos y familias en un proyecto como éste?

© *Cristianisme i Justícia* - Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - www.fespinal.com